





El regreso



Joseph Conrad

# El regreso

Traducción y postfacio  
de J. M. Lacruz Bassols



Primera edición: febrero de 2007  
Segunda edición: julio de 2007

Título original: *The Return*

© de la traducción y del postfacio, J. M. Lacruz Bassols, 2007  
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2007  
c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

ISBN: 978-84-96601-25-3  
Depósito legal: C-96-2007

Motivo de portada: James Tissot, *The Ball* (1878)  
Musée d'Orsay, París

Impresión, diseño y producción gráfica: Gesbiblo, S. L.

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

El tren de cercanías procedente de la City surgió impetuoso del negro túnel, y con un fuerte chirriar de las ruedas se detuvo en la oscura y humeante estación de West End. Se abrieron una tras otra las compuertas de los vagones, dando paso a una multitud de viajeros; bajo los sombreros de copa aparecían unos rostros más bien pálidos de personas sanas, que llevaban abrigos de tonos oscuros, y botas lustrosas. Con las manos enguantadas sostenían delgados paraguas y los diarios de la tarde, doblados con apresuramiento, que parecían trapos apelmazados de un color entre blancuzco, rosa y verde. Junto a los demás salió Alvan Hervey, con un puro medio apagado en la boca.

Ignorada por la muchedumbre, una mujer menuda, vestida de negro deslustrado y cargada de paquetes, corrió como una loca hasta que logró encaramarse a un vagón de tercera; y entonces el

tren arrancó. El cierre de las puertas sonó rotundo y agresivo como una ráfaga de disparos. Un golpe de aire helado y preñado de acre humareda recorrió todo el andén, dejando clavado junto a su bastón a un viejo con una bufanda de lana calada hasta las orejas, al que le dio un fuerte ataque de tos; nadie le prestó la más mínima atención.

Alvan Hervey pasó por el torniquete de control. Los viajeros subían con paso ligero una triste escalera de desnudas paredes; de espaldas parecían todos iguales, como si llevaran el mismo uniforme; aunque sus rostros anónimos eran distintos, curiosamente tenían todos un aire familiar, como si fuesen una pandilla de hermanos que, ya sea por prudencia, dignidad, desdén o mero cálculo, se ignoraran totalmente entre sí; sus ojos, vivos o mortecinos, y que miraban hacia lo alto de las sucias escaleras, sus ojos marrones, negros, grises o azules, tenían una expresión idéntica, una expresión concentrada y ausente, como satisfecha y al mismo tiempo vacua.

Dejando atrás el vestíbulo abovedado que daba a la calle, se dispersaron en todas direcciones, alejándose rápidamente unos de otros, como gente apresurada y deseosa de evitar cualquier cosa comprometedor, una familiaridad, una confianza,

algo oculto que pudiera suscitar recelo... como puede ser la verdad o la peste. Alvan Hervey, solo en el vestíbulo, vaciló un instante a la salida, pero al punto decidió ir caminando hasta su casa.

Avanzaba con paso decidido. Una llovizna se iba depositando como un polvillo plateado en las ropas y los bigotes, mojando los rostros, abri­llan­tando las aceras, oscureciendo los muros y haciendo que goteasen los paraguas. Hervey caminaba bajo la lluvia con la indolente serenidad y el aplomo de un triunfador seguro de sí mismo: un hombre rico en dinero y amistades. Era alto, apuesto y gozaba de buena salud, y su pálido semblante ocultaba ese ligero atisbo de brutalidad que dan los talentos fácilmente adquiridos, como puede ser el descollar en los deportes o en el arte de hacer dinero, o el poseer un ascendente natural sobre los animales y los desheredados.

Se dirigía a casa mucho más temprano que de costumbre, directamente de la City sin pasar por el club. Él se consideraba de buena familia, culto e inteligente, pero, ¿quién no se considera así? Sin embargo, su familia, su educación y su inteligencia eran rigurosamente idénticas a las de los hombres con quienes hacía negocios o con los que se divertía. Llevaba cinco años casado. En su

día, todas sus amistades declararon que estaba de lo más enamorado; y así lo había dicho él mismo, con toda franqueza, pues sabido es que todo hombre se enamora una vez en la vida, siempre que no fallezca la esposa, en cuyo caso es digno de elogio el enamorarse una segunda vez. La muchacha era robusta, alta, de pelo claro y, a su juicio, de buena familia, culta e inteligente. Se aburría mortalmente en casa, donde su personalidad, de la que tenía plena conciencia, estaba apresada en un espacio reducidísimo y no lograba desplegarse. Sus andares parecían los de un granadero, era recia y firme como un obelisco, tenía un rostro hermoso, una frente ingenua y una mirada muy pura, pero ni una sola idea propia. Hervey sucumbió de inmediato a sus encantos, y le pareció ser con tal obvedad la esposa que necesitaba que no vaciló en declararle su enamoramiento. A causa de esta ficción poética y sagrada, la deseó con vehemencia por diversos motivos, pero sobre todo debido a la satisfacción de imponer su propia voluntad. Puso en ese empeño toda la tediosa solemnidad de la que fue capaz, sin otra razón concebible como no fuese la de encubrir sus sentimientos, algo que, sin duda, resultaba sumamente conveniente. Nadie, sin embargo, se habría extrañado de que

no cumpliera con semejante deber, pues, en rigor, la sensación que lo movía era un deseo, un deseo sin duda más fuerte y un poco más complejo, pero de naturaleza no más censurable que el apetito que pueda sentir un hombre hambriento ante una cena.

Una vez casados, ambos se dedicaron con bastante éxito a ampliar su círculo de amistades. Treinta personas los conocían de vista; otras veinte toleraban, con conspicuas sonrisas, su presencia ocasional bajo sus hospitalarios techos; y unas cincuenta más, como mínimo, llegaron a saber de su existencia. En este círculo ampliado trataban con hombres y mujeres encantadores, que temían más la emoción, el entusiasmo o el fracaso que a un incendio, una guerra o una enfermedad mortal; personas que únicamente toleraban la expresión más vulgar de las ideas más vulgares y que sólo aceptaban los hechos que les fueran ventajosos. Era un mundo de gente encantadora, auténtico dechado de virtudes, un mundo donde nada se realiza y donde toda alegría y tragedia se ven rebajadas, prudentemente, a mera satisfacción y molestia. En esta serena región, en que se cultivan bastante los nobles sentimientos para disimular el despiadado materialismo de las ideas y de las

aspiraciones, fue donde Alvan Hervey y su esposa vivieron cinco años de comedia felicidad, jamás perturbada por duda alguna sobre el justo valor moral de su existencia. Ella, para dar rienda suelta a su personalidad, se dedicó a todo tipo de obras benéficas e ingresó en diversas sociedades protectoras y reformistas, que patrocinaban o presidían damas de la nobleza. Él se interesó de modo activo por la política; y habiendo trabado conocimiento, casualmente, con cierto hombre de letras —y que tenía parentesco con un conde— se dedicó a brindar apoyo económico a un agonizante diario de carácter mundano. Era una revista semipolítica y bastante sensacionalista, pero con una excesiva pesadez que acababa redimiéndola; y como carecía por completo de convicciones, y no contenía una sola idea novedosa, y sus páginas no albergaban nunca, ni por asomo, una pincelada de ingenio, humor o indignación, Hervey la juzgó de entrada bastante respetable. Más adelante, cuando empezó a ser rentable, no tardó en considerar que, bien mirado, aquello no dejaba de ser una empresa virtuosa. Y le sirvió de trampolín a su ambición; asimismo le agradaba la peculiar importancia que él iba adquiriendo gracias al contacto que le brindaba lo que él consideraba que era la literatura.

Su universo se vio ensanchado todavía más por dicho contacto. Alguna vez acudían a visitarlos escritores o dibujantes que gozaban del favor del público, y muy a menudo lo hacía el redactor en jefe de la revista. Hervey tendía a considerar a éste más bien como a un necio, debido a sus grandes dientes (lo correcto es tenerlos pequeños y parejos) y a su cabello, algo más largo que el de la mayoría de los hombres. Bien es verdad que hay duques de pelo largo y, sin duda, aquel joven sabía muy bien lo que hacía. Lo peor era que uno no podía fiarse de él, por grande que fuera su seriedad. Elegante, corpulento, se sentaba en el salón, haciendo caracolear el puño de su bastón delante de sus enormes dientes, y hablaba durante horas, con sus carnosos labios (si bien nunca decía nada inadecuado o reprehensible); hablaba de un modo que se salía de lo habitual; era desconcertante, irritante. Tenía una frente demasiado alta —llamativamente alta—, y debajo de ella una nariz recta que se perdía entre dos mofletes barbilampiños que se unían en un mentón con forma de zueco. Y en ese rostro, que parecía el de un bebé gordezuelo y diabólicamente astuto, centelleaban un par de ojos negros, vivos, penetrantes e incrédulos. Y, además, escribía versos. Un necio, en definitiva. Pero la cohorte de

personas que se colgaba a los faldones de su chaqué parecía considerar siempre portentoso todo lo que él decía. Alvan Hervey lo atribuía a una pura afectación. A esos artistas, bien mirado, les gustaba mucho darse pisto. Pero todo aquello resultaba de lo más conveniente —y muy provechoso para él—, y hasta parecía agrandar a su esposa, como si ella también sacara algún provecho especial y secreto de aquel contacto intelectual. Ella recibía a los distintos invitados, tan correctos siempre, con una especie de gracia imponente e inapelable, muy suya, una gracia que despertaba en la imaginación de los impresionados visitantes una serie de imágenes incongruentes e inconvenientes, como la de un elefante, una jirafa, una gacela, o inclusive la de una torre gótica o un ángel gigante. Sus reuniones de los jueves se hicieron famosas en su círculo; y éste se ampliaba sin cesar, calle a calle; abarcando también tal o cual avenida o bulevar burgueses, y hasta algunas plazas.

Así vivieron juntos Alvan Hervey y su esposa cinco prósperos años. Con el tiempo acabaron conociéndose lo bastante para llevar en la práctica una existencia como la suya, pero eran tan incapaces de auténtica intimidad como lo serían dos animales que se alimentaran en el mismo pesebre,

bajo el mismo techo, en unas lujosas cuadras. Una vez saciado, el deseo masculino de Hervey se convirtió en hábito; en cuanto a ella, había satisfecho ya sus aspiraciones: abandonar el hogar paterno, afirmar su personalidad, moverse en un círculo propio (mucho más elegante que el de sus progenitores), tener una casa para ella y su propia parcela personal de respeto, envidia y aprobación de la gente. Se entendían mutuamente con cautela, de modo tácito, como un par de conspiradores circunspectos unidos en una conjura que hubiera de reportarles beneficios: eran incapaces de considerar un hecho, un sentimiento, un principio o una creencia salvo a la luz de su propia dignidad, gloria o provecho. Cogidos de la mano, se deslizaban por la superficie de la vida, en una atmósfera pura y gélida, a la manera de dos hábiles patinadores que dibujaran figuras sobre el hielo para admiración de los espectadores, y que ignorasen con desdén la corriente subterránea, la corriente tumultuosa y oscura, la corriente de la vida, profunda e inasequible a las heladas.

Alvan Hervey torció dos veces a mano izquierda, una a mano derecha, recorrió dos de los lados de una plaza cuadrada, en cuyo centro había un grupo de árboles inofensivos y respetables,

cautivos detrás de férreos y altos barrotes, y llamó a la puerta de su hogar. Abrió una doncella. Era una manía de su esposa que el servicio fuera sólo femenino. Mientras se hacía cargo de su sombrero y del abrigo, la muchacha le dijo algo que le hizo mirar el reloj. Eran las cinco y su esposa no estaba en casa. No había nada insólito en ello.

—No, nada de té —dijo, y subió las escaleras.

Subió sin hacer ningún ruido. Las varillas de cobre brillaban a lo largo de la alfombra roja que ceñía los peldaños. En el primer descansillo, una mujer de mármol, cubierta decorosamente de los pies a la cabeza por una túnica de piedra, avanzaba un pie sin vida hasta el mismo borde del pedestal, mientras alargaba ciegamente un brazo rígido, que sostenía un haz de luces. Hervey tenía cierto gusto artístico para decorar el interior de su hogar. Pesados cortinajes recogidos por abrazaderas disimulaban los rincones más sombríos. De las paredes tapizadas con papel floreado colgaban bocetos, acuarelas y grabados. Estaba claro que tenía gustos artísticos. Viejas torres parroquiales dominaban masas de verde follaje; las colinas eran de color malva, las arenas amarillas, el mar soleado y los cielos azules. Una muchacha con ojos soñadores descansaba, en una barca anclada, en

compañía de una cesta de comida, una botella de champaña y un enamorado que llevaba una chaqueta de franela. Muchachos de piernas desnudas requebraban tiernamente a mozas harapientas, dormían en escaleras de piedra o correteaban con sus perrillos. Una chiquita de patética delgadez se apoyaba contra un muro ciego y alzaba sus agónicos ojos intentando vender una flor a los transeúntes; a su lado, enormes fotografías de algún famoso y mutilado bajo relieve parecían representar una masacre hecha piedra.

Naturalmente, él no se fijó en nada de todo esto; subió un segundo tramo de escaleras y entró directamente al vestidor. Un dragón de bronce fijado por la cola a una ménsula se despegaba de la pared, retorciéndose con paciencia y sosteniendo, entre la furia convencional de sus fauces, una malvada llama de gas en forma de mariposa. La salita estaba vacía, huelga decirlo; pero no bien se metió en ella, la agitación de muchas personas la llenó, porque los espejos de las puertas de los roperos y el espejo de cuerpo entero de su esposa lo reflejaron de pies a cabeza, multiplicando su imagen en una muchedumbre de distinguidos y serviles imitadores, que vestían punto por punto como él, adoptaban sus mismos gestos mesurados y escasos, se movían

cuando él lo hacía, se detenían con él en una inmovilidad obsequiosa, y manifestaban las únicas señales de vida y sentimientos que él juzgaba digno y prudente manifestar; y, a la manera de seres reales, esclavos de ideas vulgares que ni siquiera son las suyas, simulaban una vaga independencia gracias a la variedad superficial de sus movimientos. Se movían al compás de él, a veces para distanciarse, a veces para salir a su encuentro; surgían, desaparecían, daban la sensación de esconderse tras los muebles de nogal, para acabar reapareciendo, lejos y detrás de los bruñidos espejos, yendo y viniendo, nítidos e irreales, en la convincente ilusión de una estancia. Y al igual que los hombres a los que respetaba, es indudable que no eran de los que algún día harían algo personal, original o cautivador; ni nada imprevisto o impropio.

Durante un rato anduvo vagando entre aquella buena compañía y silbando una tonadilla popular pero elegante, pensando vagamente en una carta de negocios llegada del extranjero a la cual daría respuesta al día siguiente con cautas evasivas. Al acercarse luego a un armario ropero distinguió a sus espaldas, en el espejo de cuerpo entero, una esquina del tocador de su esposa; y entre el destello del neceser de bordes plateados

vio la blanca forma cuadrada de un sobre. Tan insólito resultaba ver allí dicho objeto que ya casi había dado media vuelta antes de haber comprendido del todo su sorpresa: los falsos dobles que le rodeaban hicieron lo propio; parecían todos sorprendidos y, enseguida, se precipitaron a su vez hacia los sobres de los tocadores.

Reconoció la letra de su esposa y constató que el sobre le estaba dirigido. Masculló molesto:

—¡Qué cosa más extraña...!

Un hecho insólito constituía algo ya indecoroso de por sí; pero la circunstancia de que fuera su esposa su causante lo hacía ofensivo por partida doble. Era ya bastante ridículo que le escribiese cuando sabía que estaría de vuelta para la cena; pero que hubiese dejado la carta de aquella manera —expuesta así para ser descubierta por casualidad—, le pareció hasta tal extremo ofensivo que, pensando en ello, de pronto le embargó una perturbadora sensación de inseguridad, y se le pasó por la mente la singular y absurda idea de que la casa se había estremecido bajo sus pies. Rasgó rápidamente el sobre, echó un vistazo a la carta y se dejó caer en una silla que había al lado.

Mientras sujetaba el papel ante los ojos y fijaba la atención en la media docena de líneas

garrapateadas, le aturdió un ruido violento e incomprendible, como el resonar de un gong o un redoble de tambores: un estruendo fútil que, en cierto modo, le impedía atender a sus pensamientos y le dejaba la mente en blanco. El tumulto absurdo y perturbador parecía proceder de las palabras de la carta, surgía de entre sus propios dedos, temblorosos al sostener la hoja. De pronto arrojó la carta al suelo como si fuera un objeto incandescente, venenoso u obsceno; y acercándose a la ventana con la prisa irreflexiva de alguien ansioso por alertar de un incendio o un asesinato, la abrió de golpe y se asomó.

Una ráfaga de frío viento, errante entre las húmedas y sombrías tinieblas que sobrevolaban el desierto circundante de chimeneas y tejados, le azotó el rostro con una pegajosa bofetada. Atisbaba una oscuridad ilimitada que rodeaba la masa confusa de los muros; y entre éstos se extendía hasta el infinito una hilera de farolas de gas, semejantes a collares de incandescentes perlas. Por entre la neblina de allí abajo se filtraba tenuemente una luz siniestra, como un incendio oculto, que recaía luego sobre un mar rizado y estático de tejas y ladrillos. La ventana abierta se estremeció, y le pareció que el mundo surgía bruscamente de la

noche y se le encaraba, mientras ascendía hasta él un gran rumor tenue, el profundo murmullo de algo inmenso y lleno de vida. Se sintió hondamente desconcertado y tuvo un mudo sobresalto. Desde la parada de carruajes de la plaza le llegaban con toda claridad unas voces roncadas y una risotada burlona; una risa de malos presagios, pensó, una risa dura, cruel, amenazadora. Encogió la cabeza, como esquivando un posible golpe, y cerró rápidamente la ventana. Retrocedió unos pasos, tropezó con una silla, y con gran denuedo acabó sobreponiéndose, mientras intentaba fijar una idea que revoloteaba por su mente.

Al fin pudo fijar esa idea, con un esfuerzo mayor del previsto; se había puesto rojo y le fallaba el resuello como si hubiese estado intentando atraparla con las manos, pero su dominio mental sobre ésta era escaso, tan escaso que consideró necesario repetirla en voz alta, expresarla con firmeza, para asegurarse de su completo control sobre ella. Sin embargo, le disgustaba oír su propia voz o cualquier otro sonido: paulatinamente iba abriéndose camino en él la idea de que la soledad y el silencio eran las mayores dichas que puede obtener un ser humano. Al instante siguiente se le antojó que eran por completo inalcanzables, y que debía ver

rostros, decir palabras y escuchar pensamientos. ¡Todas las palabras, todos los pensamientos...!

Con la mirada extraviada en la alfombra, dijo con gran nitidez:

—Me ha abandonado.

Era tremendo; no el hecho en sí, sino las propias palabras: las palabras cargadas de un sentido considerable pero indefinido, que parecían tener el poder terrorífico de hacer descender la fatalidad sobre la Tierra, como esas palabras extrañas y horribles que, a veces, se escuchan en sueños. Vibraban a su alrededor en una atmósfera metálica, en un espacio que tenía la dureza del hierro y la resonancia de una campana de bronce. Absorto y con la mirada perdida en la punta de sus botines, le pareció oír la onda sonora que se retiraba, una onda que se ensanchaba en círculos cada vez más amplios, abarcando calles, tejados, campanarios, campos, que iba creciendo y extendiéndose sin fin, lejos, muy lejos, hasta donde no alcanzaba a oír nada ni a imaginar nada, nada de nada...

—Y... con... con... con ese asno —repitió sin moverse lo más mínimo.

Todo eso no era más que humillación. Pura humillación. La situación no le aportaba por ningún lado el menor alivio moral; sólo dolor. Dolor.

Pero, ¿qué clase de dolor? Pensó que debería haberse roto el corazón; pero en menos de un instante entendió que su sufrimiento no tenía nada de tan digno y tan insignificante. En realidad, se trataba de algo mucho más grave, algo cuya naturaleza se asemejaba más bien a los sentimientos sutiles y crueles que pueden provocar un puntapié o un golpe de látigo.

Se sintió mal de una manera realmente física, como si hubiese mordido algo nauseabundo. La vida, que para una mente equilibrada debía ser motivo de regocijo, se le hizo durante unos segundos por completo intolerable. Recogió la carta a sus pies y se sentó con la intención de meditar, de entender por qué su esposa —¡su esposa!— lo había abandonado, renunciando a la estima, al bienestar, a la paz, a la decencia y hasta a su posición; ¿por qué lo había despreciado todo a cambio de nada? Trató de averiguar la lógica oculta de su acto; tarea idónea para los ratos de ocio en un manicomio, pero él no podía verlo así. Pensó en ella desde todas las perspectivas posibles, salvo desde la fundamental. Pensó en la muchacha bien educada, en la esposa, en la persona culta, en la señora de su casa y en la dama de alcurnia; pero ni una sola vez pensó en ella simplemente como una mujer.

Al poco, se le echó encima una nueva oleada furiosa de humillación, barriendo su alma y dejándole una sensación personal de degradación inmerecida. ¿Por qué había de verse inmerso en una experiencia tan horrenda? Todas las ventajas de su bien ordenado pasado se veían aniquiladas por una verdad injusta y que actuaba como una calumnia, que arruinaba hasta su propio pasado. Se revelaba así su fracaso, un fracaso inequívoco, pues él no había sabido observar, precaverse, distinguir. Era un fracaso innegable, que no podía soslayarse, anularse con explicaciones, apartarse de la vista. Resultaba imposible domeñarlo con ademán solemne. Mientras que... ¡si al menos ella hubiese muerto!

¡Si al menos ella hubiese muerto! Se sintió inclinado a envidiar una pérdida tan respetable y tan puramente desprovista de cualquier rastro de deshonra, que no habría exaltado ni a su mejor amigo ni a su peor enemigo. Buscó consuelo en la contemplación prolongada del único acontecimiento de la existencia que los denodados esfuerzos de los seres humanos nunca han dejado de enmascarar con la pompa y el boato de la palabrería. Pues nada se presta tanto a las mentiras como la muerte. Si al menos ella hubiese

muerto... Le habrían dado el pésame y, con la correspondiente entereza, él habría contestado con las palabras adecuadas. Había precedentes para tal situación. Y a nadie le hubiera importado. ¡Si al menos hubiese muerto! Las promesas, los terrores, las esperanzas de eternidad son para los muertos y los enterrados; pero la evidente dulzura de la vida es para los vivos y las personas sanas. Y la vida era lo que a él le incumbía, esa existencia sana y satisfecha jamás turbada por excesos de amor o arrepentimiento. Su esposa se había inmiscuido en ella, modificando su curso, destruyéndola. Y de pronto le dio por pensar que su matrimonio había sido una locura. Equivalía a traicionarse a sí mismo, a aventurarse —siquiera por un instante— en terreno descubierto. ¡Pero si todo el mundo se casaba! ¿Estaba acaso loca la humanidad entera?

Inmerso en esta alarmante idea, levantó la mirada y vio a su izquierda, a su derecha y en frente a una multitud de hombres sentados a distancia que lo miraban con expresión perdida, emisarios de una humanidad demente que espía su dolor y humillación. Era intolerable. Se puso bruscamente en pie, y todos los demás se alzaron de golpe también. Permaneció inmóvil en medio

de la habitación, como desalentado por esa vigilancia. ¡No había escapatoria posible! Una especie de desesperación lo embargó. Todos lo sabrían. Esa misma noche se iban a enterar las criadas. Hizo rechinar sus dientes... Y pensar que no había visto nada, que nunca había sospechado nada. Lo sabría todo el mundo. Pensó: «Esta mujer es un monstruo, pero todos me tomarán por un imbécil»; inmóvil en medio de los austeros muebles de nogal, se sintió tan torturado por semejante angustia que le pareció que se caía en la alfombra y que se daba de cabezazos contra las paredes. Estaba enfadado consigo mismo, odiaba ese flujo repugnante de emociones que se llevaba por delante toda la reserva propia de su virilidad. Algo desconocido, pútrido y ponzoñoso había irrumpido en su vida, lo había rozado, tocado, y ahora lo estaba aniquilando. Se sentía conmocionado. ¿Qué sucedía? Ella lo había abandonado, pero ¿por qué? La cabeza estaba a punto de estallarle, tan grande era el esfuerzo por comprender aquel acto y su propio horror ante sí mismo. Todo había cambiado. ¿Por qué? Se trataba únicamente de una mujer que se había marchado, a fin de cuentas; y sin embargo tuvo una visión, una visión fulgurante y nítida como una pesadilla: la visión de cuanto él creyera

indestructible y seguro desplomándose a su alrededor, lo mismo que se derrumban los muros más sólidos ante el fiero empuje de un huracán. Con temblor en todas las extremidades, sintió el empuje destructor, misterioso, el empuje de la pasión, que derribaba la sólida paz de su hogar. Miró angustiado alrededor. Cabe perdonar un crimen; se puede sacar partido de un sacrificio desinteresado, de una confianza ciega, de la fe incendiaria, y de cualquier otra locura; el sufrimiento, la muerte misma, se pueden explicar, esbozando una sonrisa o arrugando el entrecejo; pero la pasión es la imperdonable y secreta infamia de nuestro corazón, algo que hay que aborrecer, combatir y aniquilar, algo vergonzoso y execrable que profana las sonrientes promesas, que hace caer las plácidas máscaras, que desnuda hasta la mismísima vida. ¡Y le ocurría a él! La pasión había posado la impura mano sobre los ropajes inmaculados de su existencia, y él tendría que rehacerse a solas ante la mirada del mundo entero. ¡El mundo entero! Y dio en pensar que la mera sospecha de haber albergado bajo su techo a tal adversario suponía ya una mácula y una condena. Alargó ambas manos como para apartar una verdad inmundada; y, al punto, el abrumado cónclave de hombres irreales y mudos, erguidos

a su alrededor en la clara superficie de los espejos, hizo en su dirección el mismo gesto de horror y de repulsa.

Miró junto a él en vano, como un hombre que buscase desesperadamente un arma o un refugio, y acabó aceptando que estaba sin defensa y acorralado por un enemigo que, sin miramiento alguno, podría asestarle un golpe y partirle el corazón. No podría hallar ayuda en parte alguna, ni siquiera buscar consejo en su fuero interno, porque, debido a la conmoción del abandono de su esposa, los sentimientos que hubiera debido sentir como suyos con arreglo a su educación, sus prejuicios y entorno, se mezclaban de tal modo con la novedad de los sentimientos reales y de los sentimientos primarios que no entendían de credos, clases sociales o educaciones, que no alcanzaba a distinguir entre lo que era y lo que debía ser, entre la verdad inadmisible y las apariencias excusables. Por intuición, sabía que la verdad no le valdría de ninguna forma. Parecía preciso disimular de un modo u otro, pues hay cosas imposibles de explicar. ¡Imposible! ¿Quién querría escuchar? Había que aparecer inmaculado y sin tacha para poder ocupar un puesto en las primeras filas de la vida.

Debo sobreponerme a esto lo mejor que pueda, se dijo, y se puso a pasear de un lado a otro de la habitación.

¿Qué vendrá luego? ¿Qué conviene hacer? Pensó: me iré de viaje... No: mejor será afrontar la situación. Y, tras esta determinación, se sintió animadísimo por la idea de que aquél sería un papel mudo y cómodo de representar, pues era poco probable que alguien quisiera hablarle de la infame conducta de... de esa mujer. Pensó para sus adentros que a las personas decentes —y no tenía trato con quien no lo fuera— no les agradaba hablar de cuestiones tan inconvenientes. Ella se había fugado... con aquel morbosos necio y gordinflón que se las daba de periodista. ¿Por qué? Él había sido para ella cuanto un marido debe ser. Le había dado una posición elevada, había compartido con ella sus esperanzas, la había tratado en todo momento con gran consideración. Con una especie de orgullo fúnebre pasó revista a su propia conducta: había sido irreprochable. ¿Por qué, entonces? ¿Por amor? ¡Sacrilegio! En aquello no podía haber amor. ¿Un bochornoso impulso erótico? Sí, erótico. ¡Su propia esposa! ¡Santo Dios...! Y tan vergonzoso le resultó el aspecto inconveniente de su desgracia familiar que, de inmediato, se preguntó, absurdamente, si

no le sería más honroso crear la impresión general de que solía pegar a su esposa. Hay maridos que lo hacen... cualquier otra sería mejor que aquella inmunda realidad; pues estaba claro que había vivido cinco años con el germen de aquello, y era en verdad una vergüenza. ¡Cualquier otra cosa sería mejor! ¡Cualquiera! La brutalidad incluso. Pero enseguida descartó la idea y empezó a pensar en pedir el divorcio ante los tribunales. Esto no le pareció, pese a su observancia de usos y costumbres, el recurso más oportuno para un dolor sobrellevado con dignidad. El tribunal le parecía más bien un antro siniestro e inmundo al que un destino adverso arrastra a hombres y mujeres, obligándolos a contorsionarse como ridículos peleles frente a la inflexible verdad. Debería prohibirse tal cosa. ¡Esa mujer! Cinco... cinco años... casados cinco años... ¡y no darse cuenta nunca de nada! ¡Nunca hasta el último día... hasta que se fugó ella fríamente! Y se imaginó a cuantos conocía especulando sobre si durante todo aquel tiempo él había estado ciego, idiotizado o locamente enamorado. ¡Qué mujer! ¡Ciego...! De eso nada. ¿Podía un ser con ideas puras imaginar tal depravación? Rotundamente, no. Respiró hondo. Aquélla era la actitud que convenía. No carecía de dignidad, le daba ventajas, y,

como no podía dejar de reconocerlo, era de lo más moral. Ardía en sinceros deseos de ver triunfar la moralidad frente al mundo, encarnada en su persona. En cuanto a ella... la olvidarían. ¡Que la olvidaran, perdida en la indiferencia, perdida para siempre! Nadie la mencionaría. Las personas bien educadas —y no tenía él trato con quien no lo fuera— sentían, por naturaleza, horror de conversaciones semejantes. Oh, sí... Nadie aludiría a ella... delante de él. Golpeó el suelo con los pies, y rasgó la carta en dos, en cuatro, en ocho trozos. La idea de los amigos acudiendo a mostrarle su apoyo le provocaba una desconfianza furiosa. Tiró al suelo los pedacitos de papel. Se posaron a sus pies revoloteando, y al volverse blanquísimos sobre la alfombra oscura parecían un puñado disperso de copos de nieve.

Dicho violento acceso de cólera dio paso a una tristeza repentina, una idea oscura que recorrió la abrasada superficie de su corazón, como pasaría por encima de una llanura árida la sombra triste y fresca de una nube tras el rudo asalto de los rayos del sol. Cayó en la cuenta de que había sido víctima de una conmoción: no de esos golpes violentos o demolidores que se ven venir, a los que se puede resistir, que uno puede devolver y olvidar, sino una

estocada, insidiosa y penetrante, que había removido todos esos sentimientos ocultos y crueles que las mañas del diablo y los temores de los hombres —y acaso la infinita compasión de Dios— mantienen confinados en lo más recóndito de nuestros corazones. Ante él pareció alzarse un oscuro velo, y durante menos de un segundo se asomó al misterioso universo del sufrimiento espiritual. Así como a la luz de un relámpago se ve un paisaje completo, amplio y vívido, así pudo él descubrir por un momento toda la inmensidad dolorosa que puede concentrarse en un instante fugaz del sufrimiento humano. Cayó por fin el velo, pero la fugaz visión había ya dejado en el alma de Alvan Hervey un poso de tristeza invencible, una sensación de pérdida y amarga soledad, como si hubiera sido expoliado y desterrado. Por un instante dejó de pertenecer a la sociedad, de tener una posición, un nombre y una carrera a juego con todo ello, como la etiqueta descriptiva de alguna sustancia compleja. No era más que un pobre ser humano expulsado del encantador mundo de las avenidas y las plazas. Estaba solo, desnudo y temeroso, a semejanza del primer hombre el primer día del mal. En la vida hay sucesos, contactos, vislumbres que parecen poner fin brutalmente al pasado entero.

Se produce un choque sonoro, como una puerta cerrándose a nuestras espaldas por la pérdida de la mano del destino. ¡Necios o sabios, id en busca de otro Edén! Tras un instante de consternación muda, ha de reiniciarse el peregrinaje, el doloroso esclarecimiento de los enigmas, la febril búsqueda de las ilusiones, la recogida de una nueva cosecha de mentiras con el sudor de la frente, todo ello para hacer posible la vida, para hacerla soportable, amable, con el fin de legar intacta a una nueva generación de ciegos errantes la valiosa leyenda de un país insensible, de una tierra prometida, en donde florecen las flores y las bendiciones...

Volvió a su ser con un ligero estremecimiento y cobró conciencia de una desolación abrumadora. No pasaba de ser una impresión, cierto es, pero le produjo un efecto físico, como si tuviera el pecho oprimido por un torno. Se sentía tan desamparado y lamentable, tan profundamente atenazado por el opresivo dolor, que pensaba que otra vuelta de tuerca más le arrancaría lágrimas de los ojos. Sentía el deterioro. Cinco años de vida en común habían agostado el deseo masculino. Sí, todo quedaba lejos. Bastaron los cinco primeros meses, pero... aún le quedaba el hábito, el hábito de la persona, de su sonrisa, de sus muecas, de

su voz, de sus silencios. Tenía una frente pura y un pelo hermoso. Qué lamentable resultaba todo aquello. El cabello hermoso y los ojos preciosos... increíblemente bonitos. Le sorprendía el cúmulo de detalles que asaltaban su memoria. No podía evitar recordar sus pasos, el rumor de su vestido, su forma de erguir la cabeza, su tono de voz cuando decía «Alvan», el temblor de las aletas dilatadas de su nariz cuando la contrariaba algo. ¡Todo aquello le había pertenecido a él de un modo tan íntimo y particular! Inventariaba sus pérdidas con una rabia muda y melancólica. Parecía un pobre especulador calculando cada inversión, irritado, abatido, exasperado contra sí mismo y los demás, los afortunados, los indiferentes, los endurecidos; y, sin embargo, el daño sufrido le parecía tan cruel que habría derramado una lágrima por todo aquel expolio de no ser por su convicción de que los hombres no lloran nunca. Lloran los extranjeros, que alguna vez hasta matan en tales circunstancias. Y para su propio horror se sintió casi llevado a deplorar que las costumbres de una sociedad dispuesta a consentir la muerte de un ladrón le impidieran en tales circunstancias siquiera el pensamiento de poder matar. Con todo, apretó con fuerza los puños y los dientes. Y al mismo

tiempo sentía miedo. Sentía aquel temor incisivo que parece, en mitad de un latido, convertir en cenizas el corazón. El contagio de la abominación de su esposa mancillaba al universo y a él mismo; despertaba todas las infamias adormecidas del mundo; lo dotaba de una asombrosa visión en la cual podía ver las ciudades y los campos de la Tierra, los lugares sagrados, sus templos y sus hogares, habitados por monstruos: monstruos de falsedad, de lujuria y de crimen. Ella era un monstruo, él mismo tenía ahora ideas monstruosas... y aun así él era como la demás gentes. ¿Cuántos hombres y mujeres estarían en aquel preciso momento hundiéndose en alguna abominación, maquinando alguna atrocidad? Sólo pensarlo era espantoso. Recordó todas las calles, las calles elegantes que había recorrido de camino a su hogar, todas las casas innumerables de puertas cerradas y ventanales encortinados. Cada una de ellas le parecía ahora albergar la angustia y la locura. Y su pensamiento, como espantado, se inmovilizó recordando, sobrecogido, aquel silencio decoroso y horrendo que mucho tenía de conspiración: el torvo silencio impenetrable de kilómetros y kilómetros de muros que amparaban pasiones, desdichas, ideas criminales. A buen seguro no era

él el único, no era sólo su hogar... pero incluso así nadie lo sabía ni lo sospechaba. Pero él sí lo sabía. Lo sabía con una certeza inequívoca en la que el decoroso silencio de los muros, de las puertas cerradas y de los ventanales encortinados no podían engañarlo. Estaba fuera de sí por la agitación de la desesperanza, se asemejaba a un poseedor de un temible secreto: el secreto de alguna catástrofe que amenazara al género humano, la seguridad y la paz de la vida.

Se vio a sí mismo en uno de los espejos. Se sintió aliviado por ello. La angustia de sus emociones era tal que temía ver reflejada una máscara demente y contorsionada; así que le sorprendió gratamente no ver nada por el estilo. Su aspecto, al menos, no delataría el secreto de su dolor. Se examinó con suma atención. Tenía los pantalones arremangados y las botas llenas de barro, pero era casi el mismo de siempre. Sólo su cabello parecía algo desordenado, pero tal desorden, de alguna forma, era tan revelador de sus congojas que, de inmediato, se acercó hasta el tocador e hizo uso de los cepillos, con el imperioso anhelo de borrar aquel rastro comprometedor, único indicio de su emoción. Se estiró el pelo con esmero, vigilando el resultado de su labor; y otro rostro, ligeramente

lívido y tal vez más crispado de lo que convenía, le devolvió la mirada desde el espejo. Dejó los cepillos, pero no le convencía el resultado. De nuevo los empuñó y se cepilló, una y otra vez; lo hizo maquinalmente, ensimismándose en la labor. El torrente de su pensamiento se sosegó en el flujo perezoso de sus ideas, a la manera del progreso casi imperceptible de una lengua de lava que, tras una erupción volcánica, se arrastra lánguidamente sobre una tierra convulsa, arrasando implacable cualquier cosa que hubiera respetado el terremoto. Es un fenómeno destructivo pero, en comparación, apacible. Alvan Hervey se sintió casi aliviado por el discurrir tranquilo de sus pensamientos. Una tras otra desaparecían sus referencias morales, consumidas por el fuego de su aventura, sepultadas bajo un fango ardiente, bajo las cenizas. La fiebre se enfriaba ya en la superficie; pero aún le quedaba bastante fogosidad para dejar los cepillos sobre el tocador con brusquedad, y murmurar, girándose sobre sus talones, en un tono desabrido:

—¡Que le aproveche a él, y que ella se vaya al diablo!

Se sentía totalmente emponzoñado por la maldad de su esposa y el sentimiento más significativo

de su destrucción moral era la satisfacción amarga y ácida con que lo reconocía. Deliberadamente, profería blasfemias en su fuero interno; meditaba sarcasmos. En un silencio profundo formulaba palabras de nihilismo cínico; y sus más sagradas convicciones se le aparecieron finalmente como estrechos prejuicios para mentes simples. Una multitud de informes pensamientos impuros cruzó por su mente en una furtiva carrera, como una horda de malhechores encapuchados que se apresuraran a cometer una fechoría. Hundió sus manos en los bolsillos. En alguna parte oyó un campanilleo, y musitó para sí:

—No soy yo el único, no soy yo el único...

Siguió un nuevo campanilleo. ¡Llamaban a la puerta principal!

El corazón le dio un vuelco, y acto seguido se le cayó a los pies. ¡Un visitante! ¿Pero quién? ¿Por qué? Tuvo ganas de correr al descansillo y gritarle a la criada: «¡No hay nadie! ¡Estamos de viaje!». Cualquier excusa. Imposible recibir a nadie. Esa noche, imposible. Imposible. Mañana tal vez... Antes de lograr sacudirse el embotamiento que lo envolvía como una chapa plomiza, oyó muy abajo, como en las mismas entrañas de la Tierra, una puerta cerrándose con fuerza. Como consecuencia

del golpe, la casa vibró más que por el efecto de un trueno. Permaneció petrificado, y deseó volverse invisible. La sala estaba helada. Nunca había pensado que alguna vez pudiera sentirse así. Sin embargo, había que recibir a aquella gente, había que dar la cara, hablar, sonreír. Oyó abrirse otra puerta, mucho más cercana —la del salón—, y luego cómo se cerraba. Durante un instante, pensó que se desmayaba. ¡Qué absurdo! Debía sobreponerse a todo aquello. Una voz habló. No logró comprender lo que decía. De nuevo habló la voz y se dejaron oír unos pasos en el rellano del primer piso. ¡Maldición! ¿Iba él a oír aquella voz y aquellos pasos siempre que alguien hablara o se desplazara? Pensó: «Es algo parecido a una obsesión; me figuro que durará una semana o algo por el estilo, al menos. Hasta que lo logre olvidar. ¡Olvidar! ¡Olvidar!». Ya subía alguien por el segundo tramo de peldaños. ¿Una criada? Aguzó el oído y entonces, de pronto, como si le hubieran gritado alguna increíble confesión desde muy lejos, lanzó un bramido en la estancia desierta:

—¿Cómo? ¡¿Cómo?!

Lo hizo en un tono tan diabólico que quedó sorprendido él mismo. Al otro lado de la puerta se detuvieron los pasos. Él permanecía boquiabierto,

enloquecido e inmóvil, como en medio de una catástrofe. El picaporte se movió ligeramente. Lo asaltó la sensación de que las paredes se dislocaban, de que los muebles vacilaban delante de él. El techo se inclinó extrañamente durante un segundo. Un armario grande pareció querer bascular. Él se agarró a algo: resultó ser el respaldo de una silla. Había pues trastabillado y chocado contra un silla. ¡Demonios! Se agarró con fuerza.